

La Enseñanza.



REDACCION.

REVISTA AMERICANA DE INSTRUCCION Y RECREO.

Señorita Angela Lozano.
Manuel Orozco y Berra.
Hilarion Frias y Soto.
Manuel Peredo.

EDITOR PROPIETARIO, N. CH.

EL ALBUM DE LOS NIÑOS.

AÑO V. }

MÉXICO, MAYO 1º DE 1875.

{ NUM. 83.

EL CAZADOR INDIO.

Durante mucho tiempo se ha querido ver en la extraña facultad que tienen los indios pieles rojas de la América del Norte, de seguir la pista á un enemigo ó á una pieza de caza, con tanta seguridad como el perro mas listo, un don natural, una especie de sexto sentido negado enteramente á los demás hombres. No es eso; el Indio debe esta cualidad especial, á su modo de vida y la configuracion del país que habita.

Falto de toda industria, no tiene mas recurso que la caza, y necesita perseguir á los animales que recorren aquellas vastas soledades que los viajeros llaman praderas, y cuya uniforme extension y altas yerbas no presentan á la vista ningun punto de seguridad.

No ha podido lanzarse á aquellas llanuras persiguiendo su caza, sino observando atentamente los menores objetos que pudieran servirle ya para encontrar su choza y su familia, ya para alcanzar su objeto. Por el continuo ejercicio de estas facultades de observacion y razonamiento, es como ha llegado á desarrollarse en él esa rara perspicacia, verdadero don de segunda vista.

Me bastará citaros como prueba de esto, la anécdota siguiente, muy popular en la América del Norte:

«El *Aguila Negra*, indio de la tribu de los apaches, volvía de la caza llevando á la espalda un cuarto de búfalo. Despues de colgarlo en su choza, se alejó en busca del combustible necesario para la confeccion de su comida; pero al volver, el producto de su caza habia desaparecido; un ladron que se introdujo en la cabaña se lo llevó.

Sin vacilar un momento, el *Aguila Negra*, tomando su arco y sus flechas, salió de su choza y comenzó á perseguir al misterioso ladron.

Apénas habia andado algunos pasos, cuando encontró á un jóven de su tribu que le preguntó á quién rastreaba con tanta precipitacion.

—Persigo, contestó el *Aguila Negra*, á un ladron que ha entrado en mi cabaña, y llevándose un trozo de búfalo que hoy debia ser mi alimento. Es un hombre ya de edad, bajo de cuerpo, de raza blanca, lleva una carabina corta y vá acompañado de un perrillo de lana larga y cola pequeña.

—En efecto, he encontrado, interrumpió el jóven, á corta distancia de aquí, un hombre que llevaba á la espalda un trozo de búfalo y le convienen

perfectamente las señas que me das. Pero ¿por qué no detuviste á tu enemigo luego que le viste?

—No le he visto, contestó el *Aguila*, ¿crees que necesitaba verlo para decirte cómo es? Sé que es bajo de cuerpo, porque necesitó arrimar una piedra para alcanzar mi carne; es ya grande de edad, porque sus pasos son muy cortos; de raza blanca, porque sus huellas están vueltas hácia afuera. En cuanto al largo de su carabina, lo sé por la señal que dejó en la corteza del árbol donde la apoyó mientras cogía la carne. Aprende, niño, á servirme de tus ojos.

—Pero ¿cómo has hecho para saber cómo era el perro?

—Nada mas fácil. He visto por sus huellas, que es corto de talla; sobre la arena, dejó la señal de su cola corta y espesa, que movía en señal de contento mientras estaba sentado al lado de su amo, cuando éste descolgaba la carne. Debo sin perder tiempo, echarme en su busca, pues quiero castigar al culpable. Las yerbas, que torpemente ha hollado, me indican su camino, y no tardaré en hallarlos.»

ÉT. LEROUX.

HONRADEZ Y PICARDIA.

Nicolás acababa de cumplir los diez años, siendo notables, así su estatura como su robustez, en tan corta edad. Era además laborioso, activo, y honrado; pero carecía de instrucción, puesto que sus padres, que solo vivían del producto de su trabajo, no ganaban para pagarle maestro. Las lecciones gratuitas que había recibido en la escuela de su pueblo, no le habían hecho sabio; pero la naturaleza había hecho por él más que la fortuna: la rectitud de su juicio reemplazaba en él á la instrucción y aun á la experiencia, que solo se adquiere con los años.

A veces, sin embargo, sentía un cierto despecho, pues conocía que su corazón era superior á su estado; pero su resignación á la voluntad del cielo venía á socorrerle y vencía sin dificultad aquella especie de disgusto, capaz de extinguir en él hasta la idea de felicidad, envenenándola desde su origen.

—Dios es el árbitro de todas las cosas, se decía á sí mismo: podía haber hecho que naciese rico; pero ha querido que naciese pobre y debo aceptar lo que me dá. Por otra parte, ¿no tengo bienes bastantes? tengo afición al trabajo, al que si fuera rico, tendría grande aversión; tengo buena salud, que hubiera perdido tal vez con el ocio, y tengo, en fin, un buen padre que me ha inspirado amor á la virtud. Vamos, vamos, Nicolás, conténtate con tu suerte.

El pobre niño, después de estas reflexiones, se ponía á trabajar con un ardor que nunca se entibiaba. Siempre satisfecho, siempre dócil á las órdenes de su padre, ya iba á coger leña, para la pequeña provisión de invierno, ya iba á espigar en el verano, ya en fin, ayudaba á su padre á cultivar el huerto que tenía en arrendamiento. Sus días pasaban así, monótonos, pero tranquilos y apacibles. Había oído decir muchas veces al señor cura de su pueblo, que uno de los mayores bienes de la vida es el saber moderar sus deseos, y á pesar de ser tan niño, bien conocía Nicolás que no debía desear lo que no podía obtener.

Ocurrió en este tiempo la mayor desgracia que á Nicolás podía suceder: su padre estaba derribando un árbol por el pie, y ya tenía hechas bastantes hendiduras en el tronco, cuando apoyado en el mango del hacha, se puso á calcular cuándo y hacia qué lado caería. Un labrador que pasaba al mismo tiempo, gritó al verle:

—Ten cuidado, Mateo, mira que vá á caer por ese lado.

Apénas el aldeano acababa de proferir estas palabras, el árbol vino al suelo, y el pobre leñador cesó de vivir, aplastado con la caída.

Nicolás vertió lágrimas amargas sobre la modesta tumba de su padre: su madre había fallecido mucho ántes, y en aquel momento quedaba sin apoyo, sin parientes y sin recursos. Para pagar los gastos del entierro, tuvo que vender cuanto tenía: ¿qué iba á ser de él en cuanto se agotase la caridad de sus vecinos? El primer mes, movidos de compasión, le socorrieron un día uno, un día otro, pero la compasión se acaba pronto, y cada cual dió á entender á Nicolás que debía ganar la vida trabajando.

Esto es precisamente lo que el niño desea, puesto que se ruboriza de pedir limosna; ¿pero qué trabajo ha de emprender?..... todavía no tiene la fuerza necesaria para cultivar la tierra, y la aldea no ofrece recursos, para ejercer con provecho alguna industria. Se decidió al fin, según se lo aconsejaban, á pasar á la corte, donde por una ilusión fatal á los habitantes de las provincias, se cree hallar franco y expedito el camino de la fortuna. Reunió todos sus ahorros, y su tutor le entregó también algún dinerillo, producto de una suscripción hecha á su favor por los amigos de su padre, como una ayuda de costo para el camino.

La víspera de su partida, que era un domingo del mes de Junio, se llevó Nicolás rezando casi todo el día sobre la sepultura de su padre. Al día siguiente de mañanita, se puso en camino con po-

co dinero, pero cargado de bendiciones de todos los aldeanos, que le querían mucho porque siempre les había parecido juicioso y modesto. El tiempo estaba hermoso, y el país se presentaba cada vez más risueño, de modo, que si sentía por una parte la pérdida dolorosa que había tenido, por otra parte se le ensanchaba el corazón en presencia de todas las maravillas que la naturaleza ostentaba á sus ojos, á medida que se iba alejando de la aldea.

Hacia el medio día se detuvo junto á un arroyo que cruzaba el camino y que ofrecía grato reposo durante las horas de calor, bajo los álamos y sauces que crecían en sus orillas. El sitio le invitaba á descansar y su apetito á disfrutar de las provisiones que llevaba en su maletilla: pan, queso, carne fiambre, y aun su frasco ensogado lleno de vino, que un aldeano le había entregado, como un cordial para reparar las fuerzas. Nicolás se contentó con un pedazo de queso, reservando la carne para la noche. Al ponerse en camino, vió venir apresuradamente á una persona, á la que reconoció bien pronto: era otro huérfano como él, y nacido en el mismo pueblo; pero mozo ya de diez y ocho á veinte años. Andrés, que este era su nombre, aparentó la mayor sorpresa.

—¡Eres tú, pobre muchacho! le dijo. ¿Adónde vas por aquí, tan lejos del pueblo?

El huérfanito ignoraba que Andrés no gozaba en el pueblo de la mejor reputación, que se le atribuían varios robos cometidos en despoblado y aun en las casas, y que sus costumbres eran viciosas. Sin desconfianza y sin malicia, y creyéndose ya bajo otro cielo, porque había andado seis horas sin parar, experimentó aquel sentimiento de placer y benevolencia que inspira el encuentro de un compatriota, lejos del suelo natal.

—Voy á la corte, dijo, para ver de ganarme la vida.

—¡A la corte! contestó Andrés. Justamente yo también voy allá, y si quieres, iremos juntos. Así el camino se nos hará menos largo.

—¡Ya se vé que quiero! pero tú te vas á atrasar yendo á mi paso.

—No tengas cuidado por eso: seremos como dos hermanos, y el más fuerte ayudará al más débil.

—Eres buen compañero, Andrés.

—Tú parece que ya has almorzado; pues yo voy á hacer otro tanto: en tres minutos despacho.

Andrés se sentó á orillas del agua, y sacando del bolsillo un pedazo de pan y una cebolla, se puso á tirar fuertes bocados, aparentando que no había echado de ver las provisiones del niño, en las que sin embargo había ya clavado los ojos con disimulo. Nicolás, viendo aquel frugal almuerzo, no pudo menos de ofrecerle siquiera el queso; pero tras del queso, llegó su turno á la carne, y hasta el frasco del vino sufrió una merma de consideración. Andrés pagó su escote contando historias que divertían mucho á Nicolás, de modo que éste se felicitaba por tener tal compañero de viaje.

Llegaron á una posada que había en el camino y en la que determinaron pasar la noche. Nicolás, fatigado de la jornada, se durmió al instante; pero Andrés no se durmió. Sabía que Nicolás llevaba algún dinero y había concebido el odioso proyecto de robárselo. Con un niño tan confiado, esto no era difícil; así es que mientras Nicolás dormía tranquilamente, le sacó con destreza la bolsa de cuero que le había entregado el tutor.

¿Qué ajeno estaba el pobre huérfano al acostarse, de la desgracia que le esperaba al despertar! Llamó primero á Andrés, y como éste no le respondía, bajó á la cocina creyendo que estaría en ella; pero no halló más que al posadero que le dijo hacia ya tres horas que su camarada había salido. Nicolás no podía creerle y quiso salir, como para asegurarse de la verdad.

—Alto allá, muchacho, dijo el posadero: nadie sale de mi casa sin pagar el gasto que ha hecho.

—Yo no trataba de escaparme, respondió orgullosamente Nicolás, resentido con la sospecha del posadero. ¿Además, no queda arriba mi equipaje?

—¿Tu equipaje? ¿Y para qué me sirve? dinero es el que yo quiero.

—Pues bien: se le dará á vd.

¡Pobre Nicolás! ¿Qué fué de tí, cuando al buscar tu bolsa te encontraste con que un traidor te la había robado? El infame Andrés, ni siquiera le había dejado para pagar el gasto. Nicolás echó á llorar, juntando las manos y levantando los ojos al cielo, y el posadero, que le había venido siguiendo, al ver tal espectáculo, se acercó para decir:

—Y bien, ¿qué es esto? ¿por qué son esas lágrimas?

Nicolás apenas podía hablar; pero al fin pudo dar á entender que Andrés le había robado cuanto tenía.

—¡Pobre muchacho! dijo el posadero, compadecido de él: pronto comienzas á experimentar á los hombres. No llores, que así no has de recobrar lo perdido. Tienes buena salud, que es lo principal, y puedes trabajar para vivir. Esta noche irás á dormir á la posada del Leon de Oro, que está á cuatro leguas de aquí: preséntate al amo, y dile que vas de mi parte, y al instante te recibirá, pues sé que necesita un criado jovencito. Por lo que hace á mí, te perdono cuanto me debes, y además te voy á dar un buen consejo. Cuando encuentres gentes á quienes no conozcas, y aunque las conozcas también, lo más seguro es que estés prevenido, como si supieses que te iban á engañar. Este es el único medio de evitar el que á uno le engañen, y á veces ni basta tampoco.

El posadero del Leon de Oro recibió muy bien al muchacho que su amigo le enviaba. Abundaban entonces los pasajeros, porque era la época de la feria en los pueblos del contorno; pero al cabo de una semana las cosas volvieron á su orden regular y ya no hubo necesidad de Nicolás. El posadero, satisfecho de su celo, le gratificó con un peso duro, y además el muchacho poseía en moneda suelta casi otro tanto, producto de las propinas que había recibido.

Con este dinero continuó su camino; pero á pesar de que reducía sus gastos con la mayor economía, al fin se le acabó el dinero ántes de llegar á la corte, y el hambre empezó á atormentarle horriblemente. Caminaba tristemente y con los ojos bajos, cuando de repente distinguió en el hueco de un carril una cajita negra. La cogió al instante y abriéndola, vió que contenía una joya cuyo uso ignoraba. Era un alfiler de pecho en el que estaba engastado un magnífico brillante.

Continuó caminando hasta una aldea que había visto desde lejos, y según su costumbre, entró en la posada, pidiendo que le mandasen trabajar con tal que le diesen algo que comer.

—¡Trabajar tú! dijo riéndose el ama de la posada. ¿Y para qué sirves tú, tan pequeño como eres?

Esta respuesta hizo suspirar á Nicolás, cuyos ojos, guiados por el olfato, se habían dirigido sin poderlo remediar, hacia las hornillas en que hervían muchas cacerolas.

—Lo que hay en las cacerolas todavía no está cocido, dijo la posadera conociendo que el muchacho tenía hambre; pero aquí tienes cosa que vale más para tí.

A Nicolás le parecía que aquella mujer era un ángel, cuando vió que le daba un buen zoquete de pan y un pedazo de pierna de carnero fiambre.

—Esta noche, continuó, ayudarás á mi cocinera, que tiene bastante que hacer, y que en cambio, te hará cenar como un príncipe. Mañana, después que te hayas desayunado, podrás continuar tu camino.

Cuando Nicolás tuvo la tripa llena, se puso de buen humor, y empezó á ayudar en la cocina para mostrarse agradecido. Estando allí oyó que el ama decía á una criada:

—Muchacha, lleva eso á los tres mercaderes judíos.

Nicolás, que nunca había salido de su pueblo, se figuró que los judíos no debían ser como los otros hombres, y fué corriendo á verlos. Halló que eran lo mismo que los demás; pero lo que le asombró sobremanera, fué ver que uno de ellos llevaba prendido en la camisa un alfiler, semejante al que él tenía en la caja, sin más diferencia que en el color

de la piedra, que en el suyo era blanca, y en el del judío era verde.

¡Capricho de niño! Quiso comparar las dos joyas, y abriendo la cajita, se puso á mirar su brillante, cuyo resplandor le hizo exclamar:

—¡Oh! mejor es el mio.

Uno de los hijos de Israel, que habia atisbado el brillante, se acercó á Nicolás y le dijo:

—¿Qué es eso que tienes ahí, amiguito? ¿De dónde te viene esa alhaja?

—Me la he encontrado ayer en mitad del camino real.

—¡Te la has encontrado! ¿De veras? ¿No se la has robado á alguna persona?

—¡Cómo es eso de robado! replicó Nicolás con el rostro encendido de indignacion. Sepa vd. que Nicolás, el hijo de Mateo el leñador, no ha robado á nadie..... ni robará tampoco; y si no se me quiere creer, aquí está mi pasaporte y mi certificacion, por la que se verá quién soy yo.

—No te enfades, querido niño, no te enfades, dijo el judío. Pero dime ¿qué es lo que vas á hacer con esa piedra? Perderla sin duda. ¿No te gustaria mas este duro con el que podrias comprar dulces y cuanto te diese la gana?

Al decir estas palabras, el tal judío daba vueltas entre los dedos á un peso duro nuevecito y reluciente. Nicolás, que ignoraba el valor de su joya, tal vez hubiera consentido en el cambio, pero aquel hombre le habia ofendido, y no quiso contestarle. Además, otro de los judíos, le estaba haciendo señas expresivas para que no aceptase, y por eso no aceptó. Pocos momentos despues, este otro judío le llamó á un paraje retirado, y le dijo:

—Escúchame bien: hay en el mundo hombres que tratan de engañar á los demás, y mi camarada es uno de esos. Por lo que á mí toca, nunca tendré valor para engañar á un niño. Tu alfiler vale mucho mas de lo que te quiere dar por él, y yo, que me pongo en la razon, te ofrezco en el acto veinte duros.

—¡Veinte duros! dijo interiormente Nicolás, mucho vale entónces esta joya, y siendo esto así, es preciso guardarla para ver si parece su dueño. Tomada esta determinacion, el huerfanito rechazó la segunda oferta conforme habia rechazado la primera.

—¡Qué! ¿te parece poco? Pues bien, duplicaré la suma: cuarenta duros en lugar de veinte.

—No quiero, no quiero, gritó Nicolás, mientras que el judío, incapaz de apreciar el noble motivo que hacia al niño rehusar sus ofertas, fué subiendo de una en otra, hasta llegar á cien duros.

—Todo es inútil, contestaba Nicolás, y aunque me diese vd. todo el dinero del mundo no venderé este joya ni á vd. ni á nadie.

Esto diciendo, y no creyéndose ya muy seguro en aquella posada, salió sin despedirse de nadie y volvió á emprender su camino. Llegó por la noche, y rendido de fatiga, á un parador que solo distaba diez leguas de la capital. Con los pocos cuartos sueltos que llevaba, ajustó su cena y su cama en un rincon del pajar. Durmió, sin embargo, bastante bien, hasta que al ser de dia despertó con el ruido que hacian dos hombres sentados sobre la paja y á poca distancia de él. La curiosidad, natural á los niños, le hizo escuchar la conversacion, y oyó lo siguiente:

—¡Buen negocio hemos hecho! ¡Exponernos en medio del dia para semejante resultado!

—¿Pero cómo has perdido una joya tan rica?

—¿Qué cómo la he perdido? ¡Imbécil! ¿Quién sabe como pierde las cosas? Solo sé que fué al tiempo de atacar la diligencia, cuando la maldita caja se me cayó del bolsillo. Despues he mirado bien por todo aquel paraje, he revuelto la arena y nada he encontrado. ¡Maldita diligencia! Toda ella no valia tanto como el magnífico alfiler.

—¡Silencio! Oigo ruido en aquel rincon y alguno está allí tendido..... Es un muchacho que duerme profundamente! ¡No es mala casualidad!

—Sí, no es mala..... para él, dijo el otro interlocutor con torvo ceño: de todos modos, mira si está bien dormido, porque si no, dormirá para siempre.

Nicolás se encomendó entónces á Dios de todo corazon, y aunque estaba bien despabilado, fingió que dormia profundamente.

—Duerme como una marmota. Ya ves tú; ¡á su edad!

—Pues basta de conversacion. Cojamos los trabucos y los morrales, y fuera de aquí.

Apénas salieron los dos ladrones, Nicolás se levantó temblando y se hincó de rodillas para dar gracias á Dios por haberle salvado de tan inminente peligro. Habia comprendido muy bien, que el brillante que él poseia era el que aquellos hombres sentian tanto haber perdido.

[Continuará.]

El perro danés, el zorro y la ardilla.

(FABULA.)

En amor y compañía
Caminaban mano á mano
Una ardilla y un gran perro,
Su más antiguo amigazo.
Sobrecogióles la noche
En un bosque solitario;
Y viendo que allí no habia
Donde quedar hospedados,
En el hueco de una encina
Se metió el perro de un salto,
Y la ardilla, mas arriba
Buscó sitio acomodado.
Dormian á pierna suelta
Los dos caminantes, cuando
Héte aquí que llega un zorro
Con un hambre como cuatro;
Y levantando el hocico
Vé á mi ardilla sobre el árbol.
Empieza á paladearse,
Allá entre sí cavilando
Cómo, hallándose tan alta,
La podrá haber á las manos;
Hasta que al fin, esta arenga
La dirigió desde abajo:
—Perdona, amiga del alma,
Si interrumpo tu descanso,
Pues el gozo que en mí siento
Me dejará disculpado.
Sabrás que yo soy tu primo,
Hijo del único hermano
De tu madre; y éste un dia
Me dejó muy encargado
Al morir, que te buscase
Por montes y por poblados,
Y que partiera contigo
Mi herencia. Hace poco rato
Que tuve noticias ciertas
De que te hallaria acaso
En este bosque; y sin mas,
Presuroso te he buscado.
En este supuesto, prima,
Baja á darme un tierno abrazo,
Pues, si pudiera subir,
Ya te le hubiera yo dado.
La ardilla, que no era lerda,
Y conocia el engaño,
Le respondió cariñosa:
—Querido primo: entre tanto
Que yo bajo á darte pruebas
De mi cariño, te encargo
Que despiertes al mas fiel
De mis amigos, pues trato
De que disfrute el placer
Que este encuentro va á causarnos.
Ahí, en este tronco, duerme,
Despiértale, que yo aguardo,
Y te alegrarás de verle.
El zorro, regocijado
Del éxito de su arenga,
Creyendo tener acaso
Una presa mas, se llega,
Llama; y el perro, saltando
De donde estaba, á su cuello
Se abalanzó con tal garbo,
Que en ménos de seis minutos
Ya le tenia hecho cuartos.

*Suele suceder á veces
Que el mas ladino y taimado,
En la red que tiende á otro
Viene á quedar enredado.*

MANUAL DE URBANIDAD Y BUENAS MANERAS.

CAPITULO V.

DEL MODO DE CONducIRNOS EN SOCIEDAD.

ARTICULO III.

DE LAS VISITAS.

SECCION SEXTA.

Del modo de conducirnos cuando hacemos visitas.

I

Al penetrar en una casa, si no encontramos un portero ú otra persona cualquiera á quien dirigirnos desde luego, llamaremos á la puerta; teniendo presente que aun en este acto, al parecer demasiado sencillo y de ninguna importancia, se manifiesta el grado de delicadeza y de cultura que se posee.

II

Es muy conveniente que la manera de llamar á la puerta dé alguna idea de la visita que se anuncia; y así siempre que haya de llamarse con golpes, las personas de confianza darán tres golpes, y cuatro las personas de poca confianza y las de etiqueta.

III

Cuando la persona que llama á la puerta debe, por su posicion social ú otras circunstancias, tributar un especial respeto á los dueños de la casa, tocará siempre con poca fuerza, sea cual fuere el grado de amistad que con ellos tenga.

IV

Los toques á la puerta se repetirán, con intervalos que no sean muy cortos, hasta advertir que se han oido; y las personas que se encuentren en el caso del párrafo anterior, darán á estos intervalos una duracion algo mayor.

V

Cuando encontremos á la entrada de la casa el cabo de un cordon, por medio del cual se agita una campanilla que se acostumbra fijar en la parte interior con el objeto de llamar á la puerta, nos abstendremos de dar golpes, pues de este modo cometeriamos la falta de contrariar la voluntad de los dueños de la casa, los cuales, al fijar la campanilla, han querido que sea por medio de ésta que se llame á su puerta. En tales casos, observaremos las reglas de los párrafos anteriores que sean practicables.

VI

Guardémonos de tocar nunca fuertemente á la puerta de una casa donde sepamos que hay un enfermo de gravedad.

VII

Jamás permanezcamos ni por un momento con el sombrero puesto en la casa que entremos, desde que tengamos que dirigir la palabra á cualquiera de las personas de la familia que la habita, que no sea un niño ó un doméstico, aun cuando todavía no hayamos penetrado en la pieza de recibo.

VIII

Es un acto enteramente vulgar y grosero el nombrar á una persona, al solicitarla en su casa, sin la anteposicion de la palabra *señor* ó *señora*, aunque sea de este modo que se acostumbre nombrarla al hablar con ella. Apénas está esto permitido cuando media una íntima confianza, no solo con la persona que se solicita, sino tambien con aquella á quien se dirige la pregunta; bien que jamás en los casos en que ésta se dirija á un niño ó á un doméstico.

IX

Por regla general, al solicitar á una persona en su casa no se enuncia su nombre, sino su apellido, ó algun título de naturaleza permanente de que se halle investida, como *el señor N.*, *el señor Doctor*, *el señor General*, etc. Cuando se visita á una señora se pregunta simplemente por *la señora*.

X

En las oficinas públicas se menciona únicamente el título del empleado que se solicita, aunque no sea de naturaleza permanente, como *el señor Provisor*, *el señor Ministro*, *el señor Administrador*, etc., etc.

XI

Luego que hayamos sido informados de que la persona que solicitamos está de recibo, daremos nuestro nombre al portero ó á cualquiera otra persona que haya de anunciarnos, y entraremos á la pieza que se nos designe, donde aguardaremos á que aquella se presente á recibirnos. Durante este espacio de tiempo, permaneceremos situados á la mayor distancia posible de los lugares en que haya libros ó papeles, y de manera que nuestra vista no pueda dirigirse á ninguno de los sitios interiores del edificio.

XII

Cuando en el corredor principal de la casa no exista el mueble de que se habla en el párrafo XIV del art. 5º, podremos entrar á la sala de recibo con el sombrero en la mano, y aun con el baston que llevemos si es una pieza fina y agradable á la vista. El paraguas debe dejarse siempre en el corredor.

XIII

Al presentarse la persona que viene á recibirnos, nos dirigiremos hácia ella y la saludaremos cortés y afablemente, esperando, si hemos de darle la mano, á que ella nos extienda la suya. Luego pasaremos á sentarnos, lo cual haremos en el sitio que ella nos indique, sin precederle en este acto, y guardando cierta distancia de manera que no quedemos demasiado próximos á su asiento.

XIV

Á los dueños de la casa se les dá siempre la mano; mas entre personas de distinto sexo el uso es vário en este punto, y es necesario que sigamos el que esté admitido en el país en que nos encontremos (§ XIV, cáp. 1º—§ XVII, cáp. 1º). Lo mas general es que las señoras, y no las señoritas, den la mano á los caballeros de su amistad, y que un sugeto de avanzada edad ó de elevado carácter la dé tambien á las señoritas. En visitas de despedida, y en aquellas en que los amigos se ven por primera vez despues de una larga ausencia, es muy natural que todos se den la mano sin excepcion alguna.

XV

Si la persona que visitamos fuere para nosotros muy respetable, y nos excitare á sentarnos á su lado, no lo haremos en el lugar mas honorífico sino despues de haberlo rehusado por una vez. Conviene desde luego saber que el lugar mas honorífico en una casa, es el lado derecho de los dueños de ella, y preferentemente el de la señora.

XVI

Cuando la persona que visita sea una señora, no rehusará ni por una sola vez ser colocada al lado derecho de la señora ó del señor de la casa.

XVII

Cuando son varias las personas que se han anunciado y aguardan al dueño de la casa, son las mas caracterizadas las que primero se acercan á saludarle, y las que toman los asientos mas cómodos y honoríficos.

XVIII

Cuando el dueño de la casa se encuentre en la sala de recibo con otras personas, observaremos las

reglas siguientes: 1ª, luego que se nos informe que podemos ser recibidos, y que hayamos sido anunciados, penetraremos en la sala, haciendo á la entrada una cortesía hácia todos los circunstantes: 2ª, sin detenernos, nos dirigiremos al lugar donde esté el dueño de la casa y le saludaremos especialmente, volviéndonos luego de nuevo hácia los demás circunstantes y haciéndoles otra cortesía, despues de lo cual tomaremos asiento: 3ª, si nuestra visita es de etiqueta, nos abstendremos de dar la mano á toda otra persona que no sea el dueño de la casa: si no es de etiqueta, podremos dar además la mano á las dos personas que, á derecha é izquierda, estén inmediatas al asiento que tomemos, siempre que con ellas tengamos amistad, pues por íntima que sea nuestra confianza con el dueño de una casa, jamás nos permitiremos el acto, altamente vulgar, de dar la mano á las personas que encontremos en ella con quienes no tengamos ninguna amistad.

XIX

Cuando nuestra visita se dirija á una familia, y ésta se halle en la sala de recibo con otras visitas, observaremos lo siguiente: 1º, luego que hayamos hecho la primera cortesía al entrar en la sala, saludaremos especialmente á la señora y á las personas de su familia que se encuentren inmediatas á ella, haremos despues una cortesía á las demás personas presentes, y tomaremos asiento: 2º, si el señor de la casa estuviere presente, y hubiere salido del círculo para venir á nuestro encuentro, le saludaremos desde luego especialmente; mas si solo se hubiere puesto de pié sin abandonar su puesto, prescindiremos de él al principio y saludaremos primero á la señora, haciendo siempre una cortesía á los demás circunstantes al acto de tomar asiento.

XX

Las personas que se encuentran en una sala deben corresponder con una cortesía, á cada una de las cortesías que haga una visita que entra ó se retira.

(Continuará.)

LA INFANCIA DE LOS HOMBRES CELEBRES.

SAN VICENTE DE PAUL.

—Mucho tarda hoy en venir nuestro hijo Vicente.

—No hay que extrañarlo, estará rezando delante de alguna imágen, ó parándose conforme acostumbra, delante de todas las cruces del camino.

—¿Y bien, qué mal hay en eso?

—Ninguno, pero primero es la obligacion que la devocion. Ya sabes que no es la primera vez que ha dejado perder alguna de las ovejas del rebaño por distraerse de esa manera.

Se tenia esta conversacion entre un pobre aldeano de la mezquina aldea de Pouy, cerca de los Pirineos, y la esposa de dicho aldeano, pobre mujer á la que daba bastante en que entender, además de las faenas domésticas, el cuidado de otros cinco hijos pequeñitos que no podian acompañar al campo á su hermano Vicente.

Llegó al fin éste de vuelta del campo, y despues de haber encerrado el rebaño en el establo, se presentó delante de su padre con tal aire de temor, que no pudo ménos le acrecentar las sospechas que éste tenia.

—¿Qué ha sucedido, le dijo, cómo es que llegas mas tarde de lo regular?

—Porque me he detenido un poco con Cadet, ese otro niño que tambien va á guardar las ovejas.

—Supongo que éstas vendrán completas.

—No, señor, respondió Vicente despues de titubear algun momento.

—¿Cómo que no! ¿Conque es decir que has dejado que el lobo agarre alguna de ellas?

—No, señor, pero Cadet ha perdido la mejor oveja de su rebaño, y yo, compadecido al verle llorar, le he entregado una de las de casa, para que su amo

no le maltrate, pues dicen que es capaz de matar al pobre muchacho.

—Yo sí que soy capaz de molerte á palos, exclamó el padre lleno de cólera y cogiendo una vara. Bribon, yo te enseñaré á disponer de lo que no es tuyo.

La madre de Vicente se puso de por medio para aplacar á su marido, que era muy capaz de haber sacudido al niño, en tanto que éste, puesto de rodillas, decia con la mayor humildad:

—Padre, castígueme vd. si lo merezco, que yo á todo vengo resuelto para librar á mi buen compañero; pero sepa vd. que no perderá la oveja.

—¿Cómo que no, despues que ya se la has dado al otro?

—No se la hubiese dado, si no estuviese seguro de ganar bien pronto para comprar otra tan buena ó mejor.

Viendo la sorpresa que á sus padres causaba esta revelacion, les dijo cómo le habían propuesto que entrase en calidad de sirviente en el inmediato convento de frailes franciscanos de Acgs; y era que los religiosos, conociendo el mérito y piadosos sentimientos del niño, y las grandes esperanzas que en él se podian fundar para lo sucesivo, querian atraerle al convento con algun aliciente para que entrando de novicio, fuese algun dia uno de los principales ornamentos de la comunidad.

Efectivamente, este niño, llamado *Vicente de Paul*, entró á los diez años de su edad, y con beneplácito de sus padres, en el referido convento, y de los diversos acontecimientos de su vida solo nos conviene notar, que el que á los diez años ya se distinguió por aquella ardiente caridad que no repara en temores ni en obstáculos, fué despues el que fundó en Francia la congregacion de las misiones y la de Hermanas de la Caridad, el que decidió la fundacion del hospital de la Salpetriere y del hospital del nombre de Jesus, el consolador perpétuo de presos y cautivos, de los enfermos y los pobres, y sobre todo, el padre de los desgraciados niños expósitos.

El filósofo y el buho.

[FABULA.]

Rocorria un filósofo moderno
Un bosque muy sombrío,
Considerando el fruto miserable
De su estudio prolijo;
Cuando en lo mas espeso
Vió acosado de pájaros distintos
A un infelice buho.
—Es un traidor, decian, un impío,
Un enemigo fiero de la patria.
Que se le pele vivo,
Uno añadió: sí, sí, pelado sea,
Clamaron los demás; y de improviso,
Sobre la pobre bestia
Se arrojó el escuadron enfurecido.
En vano con razones
Enternecerles el cuitado quiso;
Pues á no condolerse
De su duro conflicto
El piadoso filósofo, muriera
Desollado en sus garras y sus picos.
Pero, en fin, ahuyentando
A aquellos implacables enemigos:
—¿Por qué así conspiraban
Contra tu vida esos traidores? dijo.
¿En qué les ofendiste?
—Señor, le respondió el animalito:
Ver mas que ellos de noche,
Este mi crimen y su ofensa ha sido.

*El sábio y virtuoso
Siempre fué de los malos perseguido.*

MÁXIMAS Y PENSAMIENTOS.

Un ánimo contento es la mayor bendicion que puede gozar un hombre en este mundo; y si en la vida presente es feliz por saber dominar sus deseos en la otra lo será mucho mas viéndolos cumplidos.—*Addison*.